

Vanguardia



La injusticia tiembla

Pág. 2



A 158 años del grito

Por Lety Mary Álvarez Aguila
Foto: Tomada de Internet

Aquel día marcó un amanecer diferente. Cuba ya lo sabía. No había más que esperar. Durante tres siglos, la dominación colonial abrió heridas que sangraban sobre una tierra que, aun incipiente, crearía un espíritu insurrecto. La pequeña Isla de plantaciones, ingenios y pieles negras bajo el sol debía seguir el camino de la libertad.

No existía, entonces, mejor esquema que el pensamiento sólido y ferviente de hombres ilustrados. Conspiraciones independentistas, sublevaciones, ideas plasmadas en periódicos, juntas decisivas, corrientes ideológicas... Mucho brotaba desde el sentir y actuar de esos que amaban el archipiélago que los vio nacer. Poco a poco, el sentimiento nacional se apoderaba de los habitantes cubanos: de los que tenían en las manos alguna alternativa y también de quienes albergaban el sueño de la justicia.

El estallido hubiese sido imposible sin la conciencia de la intelectualidad criolla de entonces. Las ideas se encaminaban a la soberanía, hacia objetivos políticos concretos. Aquella generación surgió al calor de un

período marcado por el influjo de teorías revolucionarias burguesas. Aún no comenzaba el siglo XIX, no obstante, prevalecían destellos de esperanza tras conocer acontecimientos que sacudieron Hispanoamérica. Experiencias como la Revolución Francesa, el triunfo de las Trece Colonias inglesas en América del Norte o la Revolución Haitiana iluminaron los primeros pasos cubanos por la independencia.

La metrópoli española dominaba una sociedad donde pocos sabían leer y escribir. Una parte considerable de la población era esclava y se sentían, cada vez más, los embates de la explotación en todos los ámbitos. Pocos días antes de aquel histórico 10 de octubre, la hermana isla de Puerto Rico proclamó su levantamiento independentista mediante el grito de Lares. Sin dudas, se trataba de un momento histórico conveniente para iniciar la gesta de liberación.

Mucho se conoce sobre aquella jornada que nos marcó para siempre: Demajagua convertido en cuna de hombres libres, un manifiesto revolucionario que respaldaba la guerra con sentencias y motivos, una convocatoria dirigida a la servidumbre para unirse todos como una sola fuerza.

El primer grito de rebeldía se adelantó a la fecha prevista y, a pesar de ello, enmarcó un tiempo glorioso de cornetas, banderas y machetes. Diez largos años transcurrieron en la contienda que, aunque primigenia, dotó a nuestro pueblo de un Ejército Libertador, una Constitución, una República en Armas y numerosas páginas de victorias y derrotas militares.

Céspedes, el iniciador, fue mucho más que un hombre culto. Sus ideas no solo quedaron plasmadas en textos y actas, sino que arremetieron contra el colonialismo con el mismo ímpetu que pronunció cada palabra. No se lanzó a la lucha por problemas económicos. Tanto él, como otros terratenientes que le secundaron arrojaron al fuego comodidades y posesiones. Si una fortaleza caracterizó el proceso revolucionario desde su nacimiento fue precisamente la madurez patriótica alcanzada por distintas personalidades que no vislumbraron otro camino para el porvenir. La llamada Guerra Grande se extendió a occidente, sumó hombres y armas, incorporó regiones y aportó experiencias para el extenso recorrido que solo terminaría casi un siglo después.

La patria no logró romper las cadenas

del yugo. Tampoco se abolió la esclavitud tras la Revolución del 68; sin embargo, un país entero ardió entre las llamas de la intransigencia. Surgieron estrategias capaces y sobrados ejemplos de radicalización del pensamiento. Pequeñas y grandes batallas armaron un libro de heroicidades. El suelo se llenó de sangre mambisa y el aire de humos bélicos que dibujaron muertes y vidas al mismo tiempo.

El décimo día de octubre, Cuba se atrevió a convertir el anhelo en realidad. Planteaba Céspedes en aquel Manifiesto que nadie podía reprobarnos el empleo de las armas para salir de un estado lleno de oprobio. Sus visiones y las de otros tantos fundadores trazaron un sendero de eticidad que distingue por dentro los procesos revolucionarios de la nación.

No se cuestiona que la Revolución ha sido una, la que comenzó en aquel ingenio cerca del mar con un hombre capaz de echarse un pueblo a los hombros. Ahora sorteamos lo que los héroes llamaban futuro. Nos encontramos en la misma isla con forma de caimán, pero con nuevas cadenas simbólicas que enfrentar. Habría que viajar a 1868 cuando alguien dude de nuestra capacidad de combatir y triunfar.